

**Emilio del Río Sanz**

Universidad Complutense

@ emiliodelrio@madrid.es

ID 0000-0002-8421-1600

Rocío Sétula

Next Educación de Madrid

@ rocio.setula@nexteducacion.com

ID 0000-0002-9246-2418

■ Recibido / Received
3 de marzo de 2022■ Aceptado / Accepted
14 de mar de 2022■ Páginas / Pages
De la 157 a la 174

■ ISSN: 1885-365X

El miedo y su rol en el orden social

Fear and its role in the social order

RESUMEN:

Es objeto de este estudio ofrecer las claves elementales del miedo, desde los tiempos fundamentales de la historia de la civilización hasta las significaciones que cobra en el primer cuarto del siglo XXI. Para ello, es preciso conocer quiénes son los actores que moldean este concepto omnipresente en la sociedad, los relatos que lo hacen protagonista y sus alcances y manifestaciones, y situarlos en el complejo entramado de la esfera pública actual.

Dentro de este abanico de abordajes, se ahondará especialmente en el rol que cumple el miedo en la configuración política, considerando a los medios de comunicación como principales creadores de clima de la opinión pública. También se explicitará el papel de la cultura como elemento inseparable de las dimensiones constitutivas del ser humano.

Esta investigación tiene por objetivo ofrecer una revisión conceptual y bibliográfica diversa para comprender el rol del miedo en el orden social. Se ha priorizado la metodología de preservar la propia voz de los autores investigadores para compartir fielmente los lineamientos precisos que introducirán los demás enfoques que nos sucedan.

PALABRAS CLAVE:

miedo; comunicación; medios de comunicación; política; cultura.

ABSTRACT:

The purpose of this study is to demonstrate the elementary keys of fear, from the fundamental times of the history of civilization to the meanings it takes on it the first quarter of the 21st century. To this effect, it is essential to know who are the actors that shape this omnipresent concept in society; the stories that make it the protagonist; its scope and manifestations, and place them in the complex framework of the current public sphere.

Within this range of approaches, it will deepen on the key role that fear takes in the political configuration, taking into account the media as the main creators of the climate of public opinion. The role of culture as an inseparable element of the constitutive dimensions of the human being will also be explained.

This research aims to offer a diverse conceptual and bibliographical review to understand the role of fear in the social order. The methodology of preserving the own voice of the research authors has been prioritized to faithfully share the precise guidelines that will introduce the other approaches that come after us.

KEY WORDS:

Fear, communication, media, politics, culture.

1. Introducción

La redacción de este estudio nos encuentra en una época propicia para comprender de cerca las situaciones que en este artículo vamos a relatar. Nada más ni nada menos que una pandemia. La covid-19 se convirtió en el escenario perfecto para hacer uso del miedo de manera implícita como mecánica de control social. En este sentido, ha quedado expuesta la máxima que indica que el fin justifica los medios, y también los miedos.

En este clima donde reina la espectacularidad, las cifras encuentran su escenario propicio para brillar. Se han vuelto las estrellas del *show*. Estas, seguidas de las estadísticas y de todo tipo de herramientas cuantitativas, han de ocupar pantallas con un objetivo último que cala más profundo que el informar: sirven al fin de alarmar. Así lo sostienen los editores de esta revista: «En la era del *big data*, de lo cuantitativo, los datos son la mejor arma para la comunicación del miedo» (Comunicación y Hombre, 2022). El lenguaje bélico es otra de las herramientas que responde a crear clima de hostilidad. Cada palabra que se pronuncia lleva consigo una intención. No hay casualidades en el tejido de la comunicación.

Por otro lado, nos encontramos con la figura de un enemigo común: el virus. Difícil sería cuestionarlo ante la evidencia. Sucede que, dentro de esta *guerra*, han ido surgiendo diferentes enemigos en forma de personas, hábitos, lugares geográficos y hasta del orden de las convicciones. Poco a poco, fueron quedando escasos lugares seguros, pues la incertidumbre y la desconfianza se apoderaron de la escena. Difícil será olvidar la época en que se volvieron dicotomías conceptos inseparables como el abrazo y la amistad, la caricia y el cuidado, la unión y la esperanza. Las escuelas ya no eran prioridad, los hospitales no inspiraban sanidad y lo establecido ya no era una opción. El temor era inminente. La culpa, protagonista. El peligro era de todo lo que se hablaba y las consecuencias lo único certero. Un verdadero escenario de miedo.

En esta película, no había rostros, ni amigos ni enemigos. Simplemente no había. Había virus, había cuerpos, había números (hemos dicho: muchos números y muchas más cifras), había noticias y había unos pocos héroes, sin rostro, con mascarilla. El temor hacia lo invisible se extendió con la fuerza de la violencia, y con la de la evidencia. Esa violencia propia de una catástrofe, del desconcierto y de la confusión repentina. Esa evidencia que desenmascara la falta de pragmatismo y la vulnerabilidad de nuestros sistemas sociales.

Cierto es que —más pronto que tarde— los diferentes actores clave de la comunidad mundial advirtieron de que ese temor hacia lo invisible, tan instalado, los facultaba de tal modo que podían ejercer mecanismos extraordinarios de control sobre cuestiones difícilmente cuestionables en los sistemas democráticos actuales. E, intereses mediante, no dudaron en utilizar este as que el mazo había barajado. Los medios de comunicación y los actores políticos, a lo largo de las pujas de la historia, han ejercido su poder con el miedo como herramienta aliada. No se trata de una novedad, sino de una adecuación de circunstancias experimentadas por el hombre desde sus orígenes.

Según han aportado diferentes ciencias, el miedo es entendido biológicamente como un sistema capaz de adaptarse para funcionar como un mecanismo de supervivencia y responde a fines de defensa ante situaciones que exigen actuar velozmente y con eficacia. Por su parte, la propia retrospectiva histórica nos hace comprender que el miedo es un elemento causante y consecuente de las cuestiones sociales y culturales que dan vida a la sociedad.



Es esta premisa la que desarrollaremos a lo largo de diferentes apartados, cada uno de los cuales pretende profundizar sobre un aspecto vinculante clave del rol del miedo en el orden social. En este sentido, tomamos la base que nos aporta explicar el concepto del miedo en su estado puro. Luego, continuamos con la explicación de tres aristas que nutren la comprensión del objeto de estudio; estas sitúan el miedo como una emoción básica, como parte fundadora del orden político y como actor clave en la construcción social y en la experiencia cultural.

¿A qué tenemos miedo? Es la pregunta que guía la continuación del artículo. En esta sección, surgen rastros de que tenemos miedos interiores y miedos exteriores, estos últimos propios de la cultura. Por consiguiente, el próximo tema que desarrollar es el vínculo que existe entre la cultura y el objeto de estudio que nos convoca.

Continuando en la indagación de cuestiones esenciales del miedo, encontramos su comunicación. Esta se da de manera interconectada y dependiente respecto de la esfera pública y los medios de comunicación, vértices que también desarrollaremos. De la misma manera, es preciso tomar conciencia acerca de la particularidad de la cultura —especialmente mediatizada— y sobre la puntual relación existente entre los miedos y los medios.

Para concluir, hemos de reflexionar acerca del miedo y su impacto en la forma de vida en la amplia gama generalizada de contextos convivientes en la actualidad.

2. El concepto de miedo

Etimológicamente, *miedo* procede del término latín *metus*. En el espectro griego, encontramos *phobos* —de donde proviene el concepto de *fobia*—. Y sus sinónimos serían *pánico*, del latín *panicus* y el griego *panikós*; *terror*, del latín homónimo, y *temor*, del latín *timor*. Benjamín Veschi expresa que «ante la presencia del miedo hay dos reacciones antagónicas: la actitud valiente logra superarlo y el comportamiento cobarde no. Esta dualidad está presente en todo el recorrido de la historia humana» (2019). Para comprender de qué hablamos cuando hablamos de miedo, es preciso detenernos en la definición misma del concepto. Y en este campo encontramos diferentes perspectivas.

Como se observa en *La dimensión política del miedo: Somos ciudades sin muros. El temor y la política en la síntesis tomana*, Sócrates asevera que el miedo no es más que la idea de un mal inminente.¹ Por su parte, Aristóteles sostiene que se define el miedo como la expectación del mal² (Giraldo, 2002). Si relacionamos tan directamente el miedo con el mal, debemos reparar en qué es el mal. En el texto, se retoma la idea de que «el mal se define por oposición al bien y el bien para el ser humano consiste en conformarse a la razón»,³ por lo que, gracias a la característica de racionalidad del ser humano, este accede a lo bueno, al bien, a través de la razón (íd.).

Luego de esta apreciación genérica, es menester ofrecer precisiones respecto de qué se considera un mal que puede provocar miedo o temor. Así lo especifica en su sección Jorge Giraldo Ramírez:

1/ Platón (1984). *Diálogos*. México: Porrúa, p. 57.

2/ Aristóteles (1996). *Ética a Nicómaco*, III 6. Política. México: Porrúa, p. 36.

3/ Tomás, *op. cit.*, II-II q. 123 a. 1., (*Tratado de las virtudes sociales*). Madrid: BAC, T. IX, 1955.



No se trata, por tanto de cualquier mal como puede parecer en la versión socrática, sino de un mal arduo. Aristóteles aclara que no todos los males son temidos, por ejemplo el ser injusto o tardo, sino los que pueden causar grandes penas o ruinas;⁴ adicionalmente, los pequeños males no alcanzan a perturbar la firmeza de la voluntad en el cumplimiento de los mandatos racionales. La arduidad, de vuelta al santo, consiste en la dificultad que presenta dicho mal para ser vencido, dificultad que tiene que ver en principio con hechos que tienen una causa externa a nosotros y que, por tanto, escapan al ámbito de nuestros poder y voluntad. Un mal arduo puede producirse, ya sea por la magnitud del eventual daño en sí mismo, su presentación repentina y la condición (debilidad) del sujeto que lo encara⁵ (id.).

El temor y el mal —según Tomás— pueden no compartir objeto. Es decir, el objeto del temor puede tratarse de «aquel de quien puede provenir el mal».⁶ Lo que plantea Tomás en esta instancia es que el propósito del mal puede estar en los seres humanos, en la naturaleza o en Dios. Ahora bien, es preciso que mencionemos el tiempo en el que actúa el mal. En el texto *La dimensión política del miedo...*, se asegura que el mal «tiene que ser posible o inminente» (id.). Lo que parece una unanimidad hasta ese momento, entre Tomás y sus predecesores, es el hecho de que el temor se *siente* en un tiempo híbrido, pues no es el presente ni el futuro lejano. Sobre esto último, argumenta Aristóteles que no se teme lo que está muy lejos⁷ porque las preocupaciones se dan ante la proximidad del problema (id.). Tomás agrega que «tampoco hay temor ante la actualidad del mal puesto que en tal caso las pasiones que se dan son el dolor, siendo el daño provocado externo, y la tristeza, si tal fuera interno».⁸

Podemos inferir que, mientras que la amenaza de un mal forma parte del presente, el mal en sí mismo pertenece al futuro (cercano). Es Aristóteles quien define que el peligro se configura «en la aproximación de lo que causa temor».⁹ En este sentido, «el mal no tiene que ser por fuerza real, sino que también puede ser aparente o representado» (id.). Esta premisa se propone expresar la idea de que el temor no se produce solamente por encontrarse con un mal próximo o por la fuerza de este, sino que también puede generarse por aquellos indicios que indican que el mal pueda suceder. Esta característica incluye la posibilidad de que —finalmente— ese mal no alcance a hacerse realidad.

Francisco de Vitoria, uno de los más grandes discípulos de Tomás, arroja luz trescientos años después al disociar conceptos como realidad y representación: «Está seguro quien nada teme y en salvo quien no corre peligro. Se da perfectamente que uno esté seguro porque no teme y que no esté en salvo, pues peligr» (id.).¹⁰ En *La dimensión política del miedo...*, Jorge Giraldo Ramírez sintetiza perfectamente que «la causa del temor es el mal y también la idea del mal» (id.).

Referirnos al miedo nos lleva, indeclinablemente, a tomar conciencia de que se trata de una de las escasas emociones básicas y fundamentales del ser humano. He aquí el primer indicio con el que sostenemos su carácter de elemental.

4/ Aristóteles (1996). *Retórica*, II 5. Buenos Aires: Eudeba, p. 217.

5/ Tomás, *op. cit.*, I-II q. 42 a. 3, a. 5, MP.

6/ Tomás, *op. cit.*, II-II q. 19 a. 1, BAC.

7/ Aristóteles, 1996, *op. cit.*, II 5, p. 217.

8/ Tomás, *op. cit.*, I-II q. 35 a. 1, MP.

9/ Aristóteles, 1996, *op. cit.*, II 5, p. 218.

10/ Francisco de Vitoria, citado por Pedro Lumbreras en Tomás, *op. cit.*, p. 888.



3. El miedo: Una emoción básica

Si hablamos de emociones, nos encontramos con diversas maneras de clasificarlas: encontramos diferenciaciones del orden de la razón o de la adaptación, primarias o secundarias y positivas o negativas. Cada perspectiva nos brinda información valiosa, que a continuación mencionaremos.

En *El miedo colectivo: El paso de la experiencia individual a la experiencia colectiva* (Barrera, 2010), se recoge que Charles Darwin, atendiendo a estudios del hombre desde la mirada científica, sostiene que las emociones «no eran racionales o irracionales, simplemente cumplen una función adaptativa».¹¹ Anatómicamente, el miedo se define como «un producto emocional de la amígdala, localizada en la base del cerebro y al centro de éste» (id.). Juan Antonio Barrera Méndez define el procedimiento del miedo de la siguiente manera:

Cuando (el miedo) se activa mediante un estímulo amenazante produce una hormona llamada vasopresina, la cual desencadena, además del miedo, también ansiedad, y dispone a la persona para la lucha, la huida y la evasión del dolor, y todas las funciones de conservación del individuo y de la especie (id.).

Además, sostiene que el miedo genera cambios visibles fisiológicos, sentimentales, de expresión y de postura (id.).

Por otro lado, distinguimos las emociones según sean primarias o secundarias, entendiendo que las segundas se derivan de las primeras en un proceso más complejo. Robert Plutchik¹² clasifica como emociones primarias la alegría, la aceptación (receptividad), el temor, la sorpresa, la tristeza, el disgusto, el enojo y la anticipación. Como emociones secundarias, coloca el optimismo, el amor, la sumisión, el sobrecogimiento, la decepción, el remordimiento, el desprecio y la agresión (id.).

Respecto de la valoración, Carroll Ellis Izard¹³ identifica aquellas emociones positivas como «el gozo, el amor y la felicidad» y les atribuye el rol de «mejorar la sensación de bienestar y a fomentar las relaciones constructivas con los demás». Por la parte opuesta, menciona como emociones negativas el temor, la ira y la tristeza, ya que «tienden a disminuir la sensación de bienestar y a crear perturbaciones en las relaciones con los demás» (id.).

El objeto de este artículo ha sido estudiado desde diferentes disciplinas a lo largo de la historia de la humanidad. Cada una de ellas enriquece la comprensión del fenómeno, pues aporta informaciones específicas que podemos relacionar para llegar a una teoría más elaborada. Podemos decir que el miedo es entendido biológicamente como un sistema capaz de adaptarse para funcionar como un mecanismo de supervivencia y que responde a fines de defensa ante situaciones que exigen actuar velozmente y con eficacia. Los libros de neurociencia consideran que el miedo es «donde se analizan las estructuras, procesos y productos del cuerpo humano y particularmente del cerebro» (id.).

Ahora bien, si desplazamos la mirada a las ciencias sociales, encontraremos que la psicología también le atribuye la responsabilidad de la función adaptativa ante el medio y advierte

11/ Darwin, Ch. (1998). *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Madrid: Alianza.

12/ Plutchik, R. (1980). Un lenguaje de las emociones. *Psychology Today*, pp. 68-78.

13/ Izard, C. E. (1971). *The face of emotion*. Nueva York:Appleton-Century-Crofts.



que «cuando no tiene salida esta emoción se convierte en una alteración psicológica o en un estado somatomorfo» (í.d.). Este abordaje sociológico nos permite descifrar que el miedo es también una cuestión social y cultural. Ovejero¹⁴ indica que «ante situaciones de riesgo, tensión o cambio, debidas tanto a factores ambientales como a factores sociales se desencadenan una serie de conductas y emociones colectivas» (í.d.).

Sucede que las vivencias personales y colectivas, de alguna manera, enseñan a qué debemos temer. De tal modo, percibimos con consciencia masiva que ciertos objetos, determinadas situaciones o contextos son focos de miedo (í.d.). A este proceso Rossana Reguillo lo denomina «culturalización» y añade que el hombre transcurre este camino «a veces en total armonía con el discurso social común¹⁵, a veces en negociación y a veces, en franco conflicto, según la posición que ocupe la cultura de referencia en el marco general de la sociedad» (2000).

En este análisis, nos proponemos estudiar los abordajes del miedo desde las instancias comunicacionales, y con especial atención en su influencia social y política. Con este propósito, damos lugar a la segunda cuestión que nos indica la elementalidad del miedo en la sociedad.

4. El miedo como fundador del orden político

Como hemos anticipado, el miedo ha sido piedra fundamental de numerosas y trascendentes épocas a lo largo de todos los tiempos de los que se tiene registro. Por ello, diferentes pensadores han reparado en el poder de influencia que ha tenido en la construcción política-estructural de las sociedades.

En el apartado «Las incidencias del miedo en la política», María Teresa Uribe recoge los lineamientos de Hobbes al respecto:

Para Hobbes, el miedo estaría en la gramática de la guerra y en la filigrana de la paz; sería el artífice del Leviatán y de la soberanía del Estado, mantendría unido y con reglas mínimas de obediencia, al corpus político de la Nación y sería la garantía para el mantenimiento del nuevo orden, el orden político de la modernidad Occidental, librado a la tarea prometéica, —imposible e interminable— de conjurar la contingencia, amortiguar la incertidumbre y reducir la complejidad de la vida social¹⁶ (2002).

Desde un enfoque orientado al poder, Aung San Suu Kyi, premio nobel de la paz en 1991, escribió refiriéndose a Birmania, su país, que «el poder no corrompe, sino el miedo: el miedo a perder el poder para los que lo tienen, el miedo de los que el poder oprime y castiga» (í.d.). Del texto, también podemos extraer ideas que señalan el miedo como justificador racional del orden entendido con fines de sumisión o acatamiento. En este sentido, se lo presenta como opuesto al desorden y a la anarquía, pues sin miedo sería inviable mantener la vida en

14/ Ovejero, A. (1977). *El individuo en la masa: Psicología del comportamiento colectivo*. Oviedo: Nobel.

15/ Fossaert, R. (1977). *La société. Une Théorie générale*, Tomo I. París: Editions du Seuil.

16/ Salazar, L. C. (1995). Las raíces político-intelectuales del totalitarismo. En Nora Rabotnikof *et al.* (es.), *La tenacidad de la política*. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 29-38.



sociedad. Por otro lado, deja entrever un concepto fundamental que sostiene que el miedo persiste «latente, serpenteante, omnipresente», a pesar de estar «seguros» bajo la figura de los Estados soberanos (id.).

Estas bases que plantea Hobbes y que retoma María Teresa Uribe en *El miedo...* son fundamentales para situar al miedo no como sinónimo de inseguridad en términos amenazantes —que, probablemente, también—, sino como paralelismo de estructura social con determinadas reglas y comportamientos (id.).

Si nos proponemos ahondar en la injerencia del temor en la política, debemos destacar lo que sostienen autores de épocas muy diferentes sobre el tema común. Jorge Giraldo Ramírez, en *La dimensión política del miedo...*, sostiene que el temor es «una enorme fuerza de motivación de los actos políticos» (2002). Rossana Reguillo también refuerza esta peligrosa implicación al establecer el miedo como motor y plataforma de los movimientos sociales de la actualidad. Y, como se explica en el texto *Los laberintos del miedo: Un recorrido para fin de siglo*, Ulrich Beck sostiene que estamos transitando «una época en que la solidaridad surge por miedo y se convierte en fuerza política» (Reguillo, 2000).

Por su lado, es Tucídides —cinco siglos antes de Cristo— quien asegura que los atenienses han actuado guiados «sobre todo por el miedo; pero más tarde por afán de gloria y, al cabo, por interés». ¹⁷ También Aristóteles, en el Libro V de la *Política*, expresa que «entre las ocho causas generales de las revoluciones está el miedo» y, además, que «el temor hace que los gobernantes tengan más en sus manos la dirección del gobierno» ¹⁸ (Giraldo, 2002).

Y, por ofrecer una definición más detallada y de tiempos recientes, volvemos a citar a Jorge Giraldo Ramírez en *La dimensión política del miedo...*, donde sostiene lo que sigue:

La fuerza y el miedo son funciones políticas en manos del Estado, eficaces en el control de las manifestaciones exteriores de los ciudadanos y también en una función educadora que nos hará mejores y más libres. El temor que infunde el Estado, exterior y coactivo, puede transformarse en temor filial, interior y persuasivo, para cada ciudadano (2002).

Si hablamos de vida social estructurada con valores en común, es preciso que abordemos las cuestiones compartidas que brindan cohesión e identidad al cuerpo; entre ellas, la cultura. Llegamos así a la tercera cuestión que nos indica la elementalidad del miedo en la vida humana.

5. El miedo: Construcción social y experiencia cultural

Tal como se sostiene en el artículo de Reguillo, «el miedo es siempre una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida». En este

17/ Tucídides (1989). *Historia de la guerra del Peloponeso*. Madrid: Akal, I 75, p. 89. O si se quiere en una fórmula más generalizadora: «cediendo a las principales razones: gloria, temor y conveniencia» (I 76, p. 90).

18/ Aristóteles, *Política*, V 2, pág. 244; V 7, pág. 253.



documento, titulado *Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo*, se profundiza en el concepto y se asegura que es la pertenencia a una matriz cultural la que moldea el miedo —en primer lugar— y la que, además, brinda la sensación al ciudadano de que está actuando de acuerdo a su grupo de referencia, es decir, al que pertenece y con quien comparte su idiosincrasia (2000).

Como sugiere la autora, el miedo y la esperanza han sido los grandes motores de los avances de la sociedad como tal. El rol que los ha hermanado ha sido el del equilibrio y la compensación, y la herramienta que ha posibilitado los procesos sociales ha sido la determinación (í.d.). Para cada miedo, hubo una esperanza. Y luego valentía, dedicación y, desde luego, acción. Rossana Reguillo, en su dosier, lo explica de la siguiente manera:

A la fragilidad del espíritu y de la mente, la ciencia moderna responde con disciplinas especializadas; las iglesias, con doctrinas, mandamientos, consejos y penitencias. El mercado, con productos materiales y ofertas culturales a la medida del consumidor aquejado por malestares difusos (í.d.).

Estos ejemplos funcionan como *modus operandi* que nos hace comprender que el hombre siempre ha ido tras sus necesidades y —conforme crecía su intelecto— ha encontrado formas de superar estos temores a través de la vida en sociedad: de las instituciones. Estas, en cierta manera, son el resultado de los esfuerzos del hombre por vivir en sociedad. Por tanto, convivir con determinadas normas y valores comunes ha supuesto la mejor manera que la especie ha conocido para afrontar y mantener alejado aquello que le hace daño inminente o presuntamente.

En definitiva, la respuesta a los miedos ha provocado la creación de la identidad y el refuerzo de una cultura compartida en la que la socialización ha desempeñado un papel clave. La sociedad encontró en las respuestas colectivas la superación de sus miedos más profundos. Por tanto, podemos comprender lo que sostiene Rossana Reguillo en su artículo: «El miedo no es solamente una forma de hablar el mundo, es además una forma de actuar» (2000). El miedo nos pone en movimiento, nos pide comunicación, nos lleva del temor a la acción.

El miedo, este concepto abstracto pero elemental, no siempre ha sido reconocido como tal. Por el contrario, las sociedades han ocultado sus miedos —quizás lo hicieron como mecanismo de defensa ante la incertidumbre o la falta de herramientas para afrontarlos— y han transformado en tabúes lo que en su momento no se podían explicar. También el miedo ha sido utilizado con una gran carga de culpa. Jean Delumeau, en *El miedo: Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*, cita a Descartes debido a que en su libro *Tratado de las pasiones del alma* (2017) este define el miedo como un exceso de cobardía: «La cobardía es contraria a la valentía, como el temor o el espanto lo son a la intrepidez» (Delumeau, 2002). Otra interpretación que creemos relevante destacar es la de Jean Paul Sartre. Simplemente, sostiene que «el que no tiene miedo no es normal, eso no tiene nada que ver con la valentía» (í.d.).

Sin embargo, en correlación con el avance de la civilización, estos discursos fueron encontrando otras formas de entendimiento y, por tanto, se han ido nutriendo de diferentes valores y significaciones.



6. ¿A qué tenemos miedo?

Según la clasificación más radical sobre la esencia del miedo, podemos distinguir dos tipos: por un lado, los miedos viscerales y naturales y, por otro lado, aquellos oriundos de la cultura.

Sobre los primeros, la explicación que ofrece Jean Delumeau es contundente: «El miedo es fundamentalmente el miedo a la muerte... por esa razón el miedo no desaparecerá de la condición humana» (Delumeau, 2002). La reflexión de Jean Delumeau nos brinda una pista sobre la esencia humana: hay particularidades que parecen no cambiar a pesar de las evoluciones socioculturales. De alguna manera, siempre tendremos miedos. A este respecto, lo cierto es que los miedos se renuevan, pero también se perpetúan en las memorias de las sociedades —de sus individuos, más precisamente— (id.). En *Los laberintos del miedo...*, se profundiza en cuestiones esclarecedoras:

Son las personas concretas las que experimentan miedos, como formas de respuesta, se trata del plano de lo individual; sin embargo, es la sociedad la que construye las nociones de riesgo, amenaza, peligro y genera unos modos de respuesta estandarizada, reactualizando ambos, nociones y modos de respuesta, según los diferentes periodos históricos (id.).

Y sostiene, además, que «la sociedad contemporánea, además de enfrentar sus propios demonios, lleva a costas la carga de los demonios heredados del pasado» (id.).

Aportando una mirada más actual, Isabella Pezzini afirma que «entre las palabras clave que se utilizan para describir y caracterizar a la sociedad contemporánea se encuentra, sin duda alguna, miedo» (Peñamarín y Pezzini, 2016). Lo que explica a continuación es que ya no basta con analizar a la opinión pública desde una dimensión cognitiva, sino que es preciso abordarla desde lo emocional. También trae al texto el concepto de *liquidez*, acuñado por Zygmunt Bauman¹⁹ para referirse a la incertidumbre y a la falta de seguridad que se siente latente en las sociedades actuales:

El miedo generalizado y vago, con objetivos renovados que vienen a sumarse a los anteriores, conduce a una actitud defensiva, de huida de un peligro tan constantemente advertido que casi parece llevar a esperar que aquello que inspira el miedo suceda, acabando por materializarse de una manera u otra (id.).

7. El vínculo entre el miedo y la cultura

Los autores arrojan luz sobre el mecanismo del miedo en la sociedad. Su aporte es fundamental para comprender que «es en los territorios de la cultura, donde las nociones y los modos de respuesta, se modalizan, es decir, adquieren su especificidad por la mediación de la cultura» (Reguillo, 2000). En este proceso, la pertenencia es un valor crucial. Lo compartido, lo cultural, que las sociedades tienen en común es lo que les da forma a esos miedos. De esta manera, las personas se sienten parte de un colectivo que actúa como modelo de referencia

19/ Zygmunt Bauman fue un sociólogo, filósofo y ensayista polaco-británico. Desarrolló el concepto de la *modernidad líquida* y acuñó el término correspondiente.



(íd.). En definitiva, el miedo es una de las bases humanas que se comparten colectivamente gracias a los procesos de culturización. De estos se desprenden maneras de pensar, actuar y, prácticamente, de vivir.

Pero, desde luego, esta forma de vivir bajo reglas comunes supone la cesión de cosmovisiones individuales en pro de ciertas normas e intereses grupales. Así, a las instituciones encargadas de velar por la seguridad, el orden y la cohesión social se las ha licenciado con facultades que permiten regular y controlar los alcances y las limitaciones de los ciudadanos. Esta premisa nos aproxima al próximo apartado, que intentará poner el foco en el otro objeto de estudio de este artículo: la comunicación.

8. La comunicación del miedo

Este proceso milenario de la superación de los miedos ha sido abordado por múltiples disciplinas y materias, cada una acorde al tiempo y espacio en el que le ha tocado actuar. Todas han dejado como legado aportes significativos para la historia de la humanidad. Sin embargo, en el presente estudio, ahondaremos en una de ellas que es transversal a todo tiempo y acción. Presentamos, a continuación, la comunicación como eje fundamental en la creación y la difusión de los mecanismos del miedo.

Comunicar proviene etimológicamente del latín *communicare* 'compartir información, impartir, difundir', y este deriva de *communis* 'común, mutuo, participado entre varios'.

La raíz de la palabra *comunicar* es compartida con la de *comunidad*. Esto cobra sentido, porque la comunicación es un proceso social que se produce entre dos personas o entre un grupo de ellas que comparten ciertos valores y normas. Además, al momento de comunicarse, las personas no actúan individualmente, sino que lo hacen respondiendo a una serie de roles sociales (Piña y Gómez, 2019).

Como sostiene Lisandra Cordero Durán, la cultura es ese lugar en donde germinan los procesos comunicativos, donde se construyen las significaciones del mundo. Lo que esta autora refleja es que este binomio comunicación-cultura se produce y se retroalimenta en el entorno de la vida social (2018). En *Hannah Arendt y los límites de la esfera pública*, Alfredo Toro Carnevali trae al texto una cita de la reconocida autora:

Con palabra y acción nos insertamos en el mundo humano, y esta inserción es como un segundo nacimiento, en el que confirmamos y asumimos el hecho desnudo de nuestra original apariencia física [...]. Mediante la acción y el discurso los hombres revelan quiénes son, revelan activamente su identidad y hacen su aparición en el mundo (Arendt, 1993, cit. en Toro, 2008).

«Eres lo que comunicas», afirma en su libro Manuel Campo Vidal²⁰ (2018). Esta premisa, debidamente fundamentada, asigna especial relevancia a la comunicación como arma reguladora de prioridades. Por su parte, Tom Andersen²¹ indica que «el lenguaje no es inocente», y la comunicación (y su construcción) tampoco lo es.

20/ Manuel Campo Vidal es un reconocido periodista, sociólogo y escritor español del ámbito de la comunicación.

21/ Tom Andersen fue un psiquiatra de origen noruego, autor de la conocida frase «el lenguaje no es inocente».



Si bien los medios de comunicación siempre han sido protagonistas en la escena social, política y cultural, pero actualmente se han vuelto esenciales. De ahí la importancia la importancia de decodificar su influencia, sus técnicas y sus intenciones. Los medios de comunicación, ya no tanto como actores sociales, sino —también— como grupos mercantiles, representan lo que ciertas estructuras de poder les piden, señalan u ofrecen. Por ello, podemos llegar a pensar la idea de que quienes tienen de su lado la herramienta de la comunicación tienen el poder de influencia sobre los grupos sociales.

9. Esfera pública y medios de comunicación

Tomar conocimiento sobre la esfera pública es fundamental, pues nos permite situarnos en el espacio en donde suceden los acontecimientos. Podemos decir, vulgarmente, que es la plaza común en donde cada actor ejerce su función. Y esta puesta en escena conjunta nos ofrece un retrato del funcionamiento de la sociedad.

Desde el enfoque teórico, encontramos al embajador del concepto: Jürgen Habermas. El filósofo y sociólogo alemán indica que aquello que es público está abierto a todos, haciendo referencia al rol de la esfera pública de disponerse de manera accesible para implicar a la sociedad a un debate crítico acerca de lo común (Fuchs, 2014). Este proceso se lleva adelante de manera grupal, no aislada. Quienes forman parte de esta discusión comunitaria lo hacen envueltos en intereses específicos compartidos.

El autor Christian Fuchs lo explica de la siguiente manera: «La esfera pública es una interfaz que conecta cultura, economía y política» (2014). Por cierto, sostiene que esta depende de los dos últimos campos. Además, reflexiona sobre los medios de comunicación por cuanto son quienes «hacen circular información como noticias, contenido de entretenimiento o generado por el usuario» a «una amplia variedad de gente». Por eso mismo es que, en esta piel, la esfera pública debe contar con «medios para la información y la comunicación» (id.).

Profundizando en la relación con los medios de comunicación, Christian Fuchs explica que los medios abarcan dos dimensiones. Por un lado, la rama cultural, a través de la cual producen y difunden las informaciones que crean significados sociales. Por otro lado, la arista económica-política, «que permite la propiedad, el control, la producción, la difusión y el consumo de información», por lo que «son controlados de manera específica y son canales para la información política y el debate» (id.).

Atendiendo otra mirada, es Alfredo Toro Carnevali quien plantea en su artículo lo siguiente:

Es en la esfera pública, en 'el entre de la política', donde el individuo logra realizar su condición humana; es el lugar de la libertad, de la memoria colectiva y de la acción; y el lugar donde se logra trascender la existencia meramente individual (2008).

También rescata lo que Hannah Arendt sostiene respecto de la libertad, pues ofrece una clara premisa respecto de la importancia del espacio público, aquello que une. Lo refleja así:

La participación pública, es decir, la participación en la polis, es la máxima expresión de la libertad. Para la autora judío-alemana, la esfera pública ilumina los eventos públicos, provee un espacio donde los hombres y las mujeres pueden ser vistos y oídos y revelar a través de la acción: el discurso y la palabra, quienes son. El espacio público es el mundo común, entendido como una red de relaciones entre seres humanos, que se unen y separan permanentemente (id.).



Dentro de este apartado, creemos menester dedicar algunas líneas para explicar el rol de las emociones en la esfera pública, teniendo en cuenta que el miedo como tal —objeto de análisis de este estudio— pertenece al plano humano emocional.

Isabella Pezzini ha escrito en la *Revista DeSignis*, en el número «Emociones en la nueva esfera pública», un artículo que ha bautizado «El miedo en Occidente en la era de internet». En él, sostiene que «en la esfera pública, las disposiciones afectivas operan delimitando un modo pertinente de sentir frente a un objeto que, además, permite modular un lugar enunciativo compartido con otros» (Peñamarín y Pezzini, 2016). Además, identifica que una comunidad puede tener una disposición afectiva compartida en relación con un determinado asunto público u objeto. Inspirada en la autora Vanesa Saiz Echezarreta (2012), Isabella Pezzini añade respecto de este sentimiento compartido que las sociedades pueden evaluar una situación a partir de una emoción o un estado de ánimo, pues aquello que configura un determinado punto de vista surge de los campos cognitivos, afectivos y axiológicos (Peñamarín y Pezzini, 2016). Y agrega:

De ahí que las disposiciones afectivas, como hábitos emocionales, puedan analizarse como instancias centrales para la moral, la ética y la práctica política puesto que participan de la regulación de nuestra vida social y permiten definir los fines y las prioridades de los sujetos en la esfera pública (id.).

María Isabel Míguez González señala en su artículo aquello que plantea Inger Jensen (2001):



La esfera pública no supone un conjunto de valores y opiniones comunes, pero puede influir en las opiniones que se forman en la sociedad y, a pesar de que no necesariamente genera acuerdos, puede influir en las decisiones que toman los individuos, las instituciones y los gobiernos (Míguez, 2011).

Sin embargo, Inger Jensen (2001) advierte de que el discurso de la esfera pública representa un modo civilizado de manifestar el desacuerdo en torno a temas de preocupación común. Por eso, no representa una posición general ni consensuada, sino que supone «un complejo dinámico de diversas posiciones conflictivas» (Míguez, 2011).

Con respecto a la relación que mantienen los medios de comunicación con la esfera pública, María Isabel Míguez González valora la teoría de su colega Sylvia Sholar (1994), que afirma lo que sigue:

Los medios creados y gestionados por diferentes grupos asociativos para sus fines, como periódicos o revistas propios, podrían ser considerados como parte de los procesos de la esfera pública. Sin embargo, no ocurre lo mismo con los medios comerciales, que presentan reglas internas que limitan las posibilidades de discurso público (sus empleados y periodistas filtran los intentos de los individuos de comunicarse en la esfera pública) y a menudo actúan como espacio para la *publicity* relacionada con intereses económicos y estatales (Míguez, 2011).

Retomando la teoría de Marshall McLuhan,²² podemos afirmar que los medios de comunicación —actores imprescindibles en la esfera de lo público— moldean lo que vemos y la for-

22/ Herbert Marshall McLuhan fue un filósofo, erudito, sociólogo de la comunicación y profesor de Literatura canadiense.

ma en que lo vemos. Para el filósofo canadiense, este poder de moldeamiento es tal que puede llegar a modificar no solamente a individuos, sino también a la sociedad en su conjunto.

En *Razón y Palabra*, encontramos ciertas claves para comprender la configuración de la mirada cultural a través de la mediación de los medios de comunicación y con especial foco en el rol tecnológico que tienen (Gómez, 1997). Héctor Gómez Vargas plantea que la propia naturaleza de medios técnicos los convierte en instrumentos de «producción, circulación y recepción de las formas simbólicas». Además, sostiene lo siguiente:

Los medios diseñan, facilitan y configuran cierto tipo de percepciones, de aparatos y lógicas cognitivas, de prácticas y sensibilidades. Su uso social implica percibir de determinada manera: tener todo integrado en la subjetividad, donde se dan las interconexiones entre el mundo interior y el exterior (id.).

En definitiva, los medios de comunicación, como instituciones sociales que son, «van configurando una cada día más compleja organización y estructuración de la mediación cultural» (id.). Y, a medida que la tecnología evolucione y proporcione formatos de comunicación diferentes, la organización estructural de las mediaciones se verá afectada, pues tendrá que adoptar nuevos modos.

10. La cultura mediatizada

Mediar es intervenir. La cultura mediatizada tiene mucho que ver con este término porque está influida por mecanismos sociales e influye sobre ellos. Estas influencias son parte de procesos y han formado parte de la vida humana desde los primeros tiempos.

En el texto «Comunicación de riesgo y espirales del miedo», Jordi Farré Coma sostiene que los procesos de mediatización se han consolidado en el último tercio del siglo xx. Esta cualidad de la realidad actual se ve puesta en choque con otra característica de esta época: «La imposición de la cultura de riesgo, la amenaza, la inseguridad y el miedo de una sociedad y un individuo en peligro» (2005). La incertidumbre generada en este contexto es paradójica si tomamos en consideración que el siglo xxi es una época caracterizada por las innovaciones en el campo de la tecnología, la ciencia y la información.

Dominique Wolton (2004) atribuye este presente dificultoso a tres parámetros interrelacionados: identidad, cultura y comunicación. Y sostiene que esto «altera no sólo las relaciones entre los diferentes niveles de cultura (de élite, de masas, media o popular), sino también la relación con los lazos sociales, la sociedad y la política» (Farré, 2005).

Lo percibido como cultura del riesgo mediatizada tiene consecuencias directas sobre la formación de las llamadas *culturas del miedo*. Según plantea el artículo de Jordi Farré Coma, estas configuran una nueva realidad social que penetra tanto en las identidades colectivas como personales. Bauman (2002) así lo expresa:

Dejarse atrapar por las culturas del miedo supone la rendición individual y colectiva ante las crecientes incertidumbres generadas alrededor de la cultura del riesgo y de las contradicciones extremas de la globalización capitalista. Las consecuencias perversas del miedo afectan la confianza de la ciudadanía que se convierte en víctima, la credibilidad de las instituciones democráticas que ponen en cuestión su legitimidad y, en última instancia, al conjunto de los sistemas democráticos, incapaces de rearticularse atrapados en la jaula de hierro de la (in)seguridad (Farré, 2005).



Por su parte, Jordi Farré Coma (2005) lo resume en un párrafo esclarecedor:

Efectivamente, la cultura de masas, la industria de la cultura, la cultura popular y las culturas mediáticas se ven oscurecidas y atravesadas, *hic et nunc* [“aquí y ahora”], por la cultura de riesgo que, al desembocar hacia culturas del miedo, no implica más que el reflejo del miedo a las culturas.

En otro carril, encontramos el aporte de Ulrich Beck en su libro de 1986 *La sociedad del riesgo*.²³ Como se explica en el texto *Los laberintos del miedo...*, Beck sostiene que «la sociedad está transitando de una “comunidad de la miseria”, propia de la sociedad de clases, a la comunidad del miedo, propia de la sociedad del riesgo».

Por otro lado, en el texto de Jordi Farré Coma (2005), se debate sobre la «peculiar interacción entre el riesgo real y el riesgo percibido» cuando este toma fuerza a través de su proyección en los medios de comunicación. Lo que sostiene es que, a medida que el miedo percibido logra exposición masiva, se vuelve viable el crecimiento del riesgo latente real. Dicho de otro modo: «Genera el efecto óptico de hacer pensar que si crece la percepción mediática del riesgo revelado es porque está creciendo la producción social —la construcción colectiva— del riesgo real» (Gil, 2003, p. 39).

Si bien cada sociedad desarrolla sus particularidades de acuerdo a sus condiciones económicas y socioculturales, el concepto de miedo se ve modificado —respecto de los países del *primer mundo*— en comunidades penetradas por conflictos sociales tales como la extrema pobreza, la delincuencia y demás problemas violentos, así como también en puntos geográficos azotados por la inminencia de desastres naturales. Es inseparable la consideración de los contextos en los que se configuran los miedos de las sociedades. Reguillo (1999) reflexiona sobre la cuestión del riesgo percibido y la cultura del miedo y concluye lo que sigue sobre el acceso a la modernidad:

Se enfrenta en este tiempo a la crisis de su paradigma que se manifiesta en el estallamiento creciente de conflictos sociopolíticos derivados de la desigualdad, en el regreso de cierto tipo de fundamentalismos que la razón moderna creía erradicados, en el desdibujamiento del sueño iluminista que creía que el progreso era la llave para conquistar un desarrollo equitativo, armónico y ascendente.

Por ofrecer una experiencia real, citamos el caso de estudio de Pilar Riaño Alcalá en «Las rutas narrativas de los miedos: Sujetos, cuerpos y memorias» (2002), donde realiza un abordaje del miedo sobre la situación cotidiana de la ciudad de Medellín en torno a la década del 2000, en donde «la presencia latente y omnipresente del miedo ha sido revestida de carácter institucional». En esta tesis, la autora presenta «modos diversos desde los que se construye el miedo en la memoria social y los usos de los miedos y sus narrativas en la vida diaria y en las dinámicas sociales y culturales». En este sentido, y desde esas latitudes, describe el ejercicio de la violencia de instituciones paraestatales como sistemático y arbitrario, y sostiene que bajo estas condiciones el miedo se vuelve «una realidad rutinizada y un estado sensorial permanente y crónico».

Es el texto de Riaño Alcalá el que reúne a personalidades como Linda Green (1995), Beatriz Manz (1995) y Michael Taussig (1992) alrededor del concepto de *culturas del miedo*,

23/ Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo*. Hacia una nueva modernidad, Buenos Aires, Paidós, 1998, p. 28.



pues lo han utilizado para asegurar que el miedo se adopta como «un modo de vida que regula comunicaciones, representaciones, respuestas, resistencias y la memoria social» (Riaño, 2002). Estas culturas del miedo calan tan profundamente en las sociedades que «reconfiguran sus culturas, ordenan sus vidas, le dan significado a los actos sociales y resignifican sus imaginarios del miedo» (Jimeno, 1998), como introduce Riaño Alcalá en su aporte teórico (2002).

11. Miedos y medios

En otro apartado del artículo «Comunicación de riesgo y espirales del miedo» que se titula nada más y nada menos que «Miedos y medios», Jordi Farré Coma (2005) diferencia los riesgos voluntarios a los que nos exponemos —tales como circular en coche, tomar un avión o incluso fumar— de los riesgos que percibimos al estar expuestos a la mediación de los medios de comunicación.

Es preciso tomar en consideración el aporte de Ferraro (2002), que distingue el concepto de miedo del de riesgo percibido:

El miedo es fundamentalmente una experiencia psicológicamente diferente del riesgo percibido. Mientras que el riesgo implica un juicio cognoscitivo, el miedo es mucho más emotivo en carácter. El miedo activa una serie de transformaciones corporales complejas que alertan al actor de la posibilidad de peligro (Farré, 2005).

Sucede que aquellos riesgos que producen miedo, al estar tan íntimamente incorporados a nuestra cotidianidad, se vuelven imperceptibles: ya no reparamos en ellos ni en sus posibles consecuencias. Sin embargo, cuando los riesgos toman relevancia en escena y podemos palpar sus efectos en nuestra seguridad e integridad —podemos volver a pensar en la pandemia de coronavirus—, inmediatamente somos capaces de valorar con temor que la inminencia del concepto de riesgo ya es más bien un hecho. Estas situaciones cuentan con el total respaldo de las instituciones de comunicación, que, con mayor o menor intensidad e intención, pujan por tener nuestra atención y por influir en los comportamientos de la sociedad a niveles de ciudadanía y de política.

En este sentido, es elemental sostener que los medios de comunicación son actores centrales en la configuración del espacio público. No obstante, no existe unanimidad sobre su influencia directa en las sociedades. En el texto de Jordi Farré Coma, se plantean dos teorías opuestas que expondremos a continuación. La primera teoría se remonta a 1970 y enmarca los medios de comunicación bajo su oficio de institución ocupada de evaluar, seleccionar, jerarquizar y amplificar información. Es decir, como meros productores de un bien social. Bajo una mirada simplista, se podría pensar que los medios son fuentes de recontextualización (para nada inocente) de los marcos sociales. Cuentan con herramientas para lograrlo; por nombrar algunas de ellas, encontramos la negatividad, la distorsión, la dramatización o el sensacionalismo. Pero, según indica el artículo, adoptar esta premisa como explicación del rol de los medios de comunicación es desconocer «la complejidad de los procesos de comunicación mediada y las operaciones instrumentales de los medios» (id.).

Esta interpretación de los medios sugiere que estos son actores activos en la comunicación y, por ende, este se vuelve un proceso estratégico en el que intervienen preferencias



e intereses. Además, se menciona que —como toda comunicación— se dirigen a una audiencia determinada, alimentada por características socioculturales específicas (id.). Y, si mencionamos a las audiencias, es imprescindible destacar que la opinión pública «continúa accediendo mayoritariamente al espacio público a través de la prensa, la radio y la televisión» (id.). Esta realidad vuelve a la situación compleja más compleja aún cuando somos conscientes de que los medios de comunicación activos y diversos alimentan una audiencia también activa y, fundamentalmente, también diversa (id.). En el texto «Comunicación de riesgo y espirales del miedo», se sugiere que «los medios son un recurso para los comunicadores de riesgo que pueden sacar provecho de las narrativas, las imágenes, la domesticación y la personalización de las consecuencias del riesgo percibido» (id).

La otra teoría es acuñada por David Altheide, sociólogo de la Universidad de Arizona. Según el texto de Jordi Farré Coma, Altheide pretende «contextualizar la naturaleza y el uso de la palabra *miedo* en los medios de comunicación de Estados Unidos» (id.). En *Creating fear: News and the construction of crisis*, sostiene que es la misma lógica mediática de los medios de comunicación la que —a través de sus formatos— contribuye significativamente a la construcción del miedo en el contexto de comunidades mediadas y lo vincula al concepto de control social (id.). David Altheide (2002) lo define de la siguiente manera:

El miedo juega una parte esencial en el control social. Existen diversas razones para ello. Primero, examinamos el proceso que hace funcionar el control social. Las cosas que tememos guardan relación con cómo nos comunicamos y aprendemos en la vida cotidiana [...]. La vida social en los Estados Unidos y la mayoría de las sociedades industrializadas han derivado hacia una 'sociedad del riesgo', organizada alrededor de una comunicación orientada a la vigilancia policial, el control y la prevención de riesgos (Farré, 2005).



Pero, sin embargo, a pesar de que exista una predisposición a creer que los medios de comunicación son sinónimos de producción de consecuencias adversas, el autor no asegura —inclusive cuestiona— el hecho de que los medios sean influyentes en la creación del miedo o de percepciones de riesgo en la sociedad, debido a que «los medios amplifican o atenúan, pero no causan el sentido del riesgo en la sociedad» (id.).

Sobre esta arista, en otro texto, Teodoro León Gross (2009) nos indica que es «más difícil gestionar el miedo al delito que el propio delito». En este sentido, responsabiliza a los medios de comunicación por su carácter alarmista y —específicamente— morboso. También sostiene que «las noticias sobre delitos de sangre son siete veces más frecuentes que la tasa real de estos; y esos nutrientes fomentan un imaginario colectivo lleno de atribulada zozobra» (id.).

Por su parte, en «El imaginario del miedo: Temores y medios de comunicación», Barata (1996) asegura que «el alarmismo de que hace gala la prensa inflama los miedos y las inseguridades presentes en el imaginario colectivo» (Arella, 2008). En este mismo texto de Celeste I. Arella, se brinda especial atención al poder de amplificación de los medios en los imaginarios colectivos, pues son «el gran escaparate público que otorga entidad y presencia» a aquellas «personas, grupos o ideas que busquen algún tipo de repercusión social» (id.). De esta manera, queda evidenciada la premisa de que ciertos intereses o conflictos sociales se vuelven visibles más allá de sus propios círculos cuando adquieren protagonismo en los medios de comunicación.

A modo de conclusión de este apartado, es preciso recordar que los miedos han sido piedra fundamental de la vida humana tal como la conocemos; sin embargo, la interpretación de su rol actual nos ocupa con especial relevancia. Jordi Farré Coma sintetiza en una frase que «el miedo forma parte del lenguaje» (2005) al explicar que la ciudadanía ha incorporado a sus vidas cotidianas al miedo ya que éste es parte de la cultura popular. Y, por supuesto, de la cultura informativa.

12. Conclusiones

Este estudio ha pretendido retomar diferentes bibliografías que definen el miedo desde sus orígenes y, en particular, los matices que lo relacionan con los medios de comunicación. Descifrar sus características y sus diferentes roles a lo largo de la humanidad no es tarea sencilla, pero sí es imprescindible para comprender el complejo entramado social, político y cultural en el que estamos inmersos. Y lo hemos intentado abordar tanto desde el plano individual como desde la conformación de la esfera pública.

El miedo y su impacto en la forma de vida ha quedado pincelado en este artículo como una arista que considerar desde el punto de vista sociológico, psicológico, social, sanitario, cultural y demás ramas de estudio. Pero, sobre todo, como un fenómeno que no debemos perder de vista en lo cotidiano y en lo excepcional. Porque hemos asistido, a través de estas páginas, a un encadenamiento de argumentos tomados desde diferentes perspectivas que alertan sobre el poder performático del miedo en sociedades pasadas, presentes y futuras.

Antes de despedirnos, ofrecemos una reflexión acerca del impacto del miedo en la forma de vida y de la relación del individuo con la esfera pública de la que ¿es parte? La escribió el historiador y crítico social norteamericano Christopher Lasch en 1979 y la recupera Joaquín Estefanía (2011) en una columna que escribió para el periódico *El País*:

Tras el torbellino político de los años sesenta, los ciudadanos sociales se repliegan a cuestiones meramente formales. Sin esperanzas de mejorar su vida en ninguna de las formas que verdaderamente importan, la gente se convenció de que lo importante era la mejoría psíquica personal: contentarse con los sentimientos, ingerir alimentos saludables, tomar clases de ballet o danza del vientre, imbuirse de la sabiduría oriental, caminar sin fin, trotar, aprender a relacionarse, superar el miedo al placer. Inofensivas en sí mismas, estas búsquedas, cuando son elevadas a la categoría de programa y se encumbran en la retórica de la austeridad y la apertura de las conciencias, implican un alejamiento de la política y un rechazo del pasado reciente.

Es un ferviente deseo de estos autores que el miedo (el miedo que empuja desde atrás hacia delante) forme parte de nuestra vida personal y social. Para la superación de los miedos personales, las líneas se escriben hacia dentro. Pero, para la gestión colectiva de los miedos sociales, anhelamos valentía ciudadana, compromiso y profunda determinación en la conformación de instituciones fuertes, sensibles y transparentes, primero, e igualdad de oportunidades en las luchas cotidianas de las sociedades para progresar en un horizonte justo y libre, segundo y fundamental.



13. Bibliografía

- Arella, C. I. (2008). *El imaginario del miedo. Temores y medios de comunicación*. Barcelona: Universidad de Barcelona. <http://www.ub.edu/geocrit-xcol/410.htm>
- Barrera, J. A. (2010). El miedo colectivo: el paso de la experiencia individual a la experiencia colectiva. *El Cotidiano*, 159, enero-febrero, 5-10. <https://www.redalyc.org/pdf/325/32512747002.pdf>
- Campo, M. (2018). *Eres lo que comunicas*. Barcelona: RBA.
- Cordero, L. (2018). La comunicación como proceso cultural. Pistas para el análisis. *Estudios del Desarrollo Social*, 6(3). <https://bit.ly/3Ddkn66>
- Delumeau, J. (2002). Miedos de ayer y de hoy. En *El miedo: Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín: Corporación Región. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/region/reflexiones.pdf>
- Descartes, R. (2017). *Tratado de las pasiones del alma*. Austral.
- Estefanía, J. (06/06/2011). La rebelión de las élites. *El País*. https://elpais.com/diario/2011/06/06/economia/1307311208_850215.html
- Farré, J. (2005). Comunicación de riesgo y espirales del miedo. *Comunicación y Sociedad*, 3(enero-junio). <https://www.redalyc.org/pdf/346/34600305.pdf>
- Ferraro, Kenneth F. (2002): *Fear of Crime: Interpreting Victimization Risk*. Albany NY: State University of New York Press.
- Fuchs, C. (2014). *Medios sociales y esfera pública*. TELOS. <https://telos.fundaciontelefonica.com/archivo/numero098/medios-sociales-y-esfera-publica/>
- Giraldo, J. (2002). Somos ciudades sin muros. El temor y la política en la síntesis tomana. En *El miedo: Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín: Corporación Región. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/region/reflexiones.pdf>
- Gómez, H. (1997). La configuración de la mirada cultural. Medios de comunicación, transformaciones culturales y progresiones orgánicas. *Razón y Palabra*, primera edición especial. <http://www.razonypalabra.org.mx/mcluhan/confi.htm>
- León, T. (12/03/2009). Miedos de comunicación. *SUR*. <http://bit.ly/3XD53qy>
- Míguez, M. I. (2011). El concepto de esfera pública en el ámbito de las relaciones públicas. *Contratexto*, 19, pp. 213-224. <https://www.redalyc.org/pdf/5706/570667387012.pdf>
- Peñamarín, C. y Pezzini, I. (2016, Enero-Junio). Emociones en la nueva esfera pública. *DeSignis*, 24. <https://www.designisfels.net/wp-content/uploads/2021/05/i24.pdf>
- Piña, M. y Gómez, V. (2019, Enero). Envejecimiento y género: Reconstruyendo los roles sociales de las personas mayores en los cuidados. *Revista Rupturas*. <https://revistas.uned.ac.cr/index.php/rupturas/article/view/2521>
- Reguillo, R. (2000). Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo. *Revista de Estudios Sociales*, 5. <https://journals.openedition.org/revestudsoc/30209#tocto1n6>
- Universidad Francisco de Vitoria. (2022). La comunicación del miedo en el siglo XXI. *Revista Comunicación y Hombre*. <https://comunicacionyhombre.com/numeros/avance-del-proximo-numero-19-2-2/>
- Riaño, P. (2002). Las rutas narrativas de los miedos. Sujetos, cuerpos y memorias. En *El miedo: Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín: Corporación Región. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/region/reflexiones.pdf>
- Toro, A. (2008). Hannah Arendt y los límites de la esfera pública. *Revista de Ciencias Políticas Politeia*, 31(41), 115-121. <https://www.redalyc.org/pdf/1700/170018434007.pdf>
- Uribe, M. T. (2002). Una mirada desde Hobbes. En *El miedo: Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*. Medellín: Corporación Región. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/region/reflexiones.pdf>
- Veschi, B. (2019, Marzo). *Etimología de miedo*. Etimología: Origen de la palabra. <https://etimologia.com/miedo/>

